

# La estrategia evolutiva del engaño

José Gordon



Montgomery Clift y Elizabeth Taylor en *A place in the sun*, 1951

José Alfredo Jiménez pudo haber sido, como lo reflejan sus canciones sobre la naturaleza del engaño, un psicólogo evolucionista. De acuerdo con esta teoría es el proceso de selección natural el que moldea la mente y hace adoptar la infidelidad o el engaño como estrategia evolutiva.

Robert Wright, autor del libro *El animal moral: psicología evolucionista y vida cotidiana*, señala que lo que nosotros creemos en un principio que es un amor romántico no es más que un disfraz para que, por un lado, el hombre siembre sus semillas lo más lejos posible y, por el otro, la mujer busque compañeros poseedores de los mejores genes y que, además, puedan realizar una buena inversión en sus hijos.

La premisa de la psicología evolucionista, dice Wright, es simple:

La mente humana, como cualquier otro órgano, fue diseñada con el propósito de trans-

mitir genes a la siguiente generación; los sentimientos y pensamientos generados por ella se entienden mejor en estos términos. Así, el sentimiento de hambre, no menos que el estómago, está aquí porque ayudó a mantener vivos a nuestros ancestros por el suficiente tiempo para reproducir y sostener a sus criaturas. Los sentimientos de lujuria, no menos que los órganos sexuales, están aquí porque ayudan directamente a la reproducción. Cualquiera de nuestros ancestros que hubieran carecido de estómago o hambre, de órganos sexuales o de lujuria, no serían ancestros. Sus características habrían sido descartadas por la selección natural.

De acuerdo con los psicólogos evolucionistas el cambio de actitudes con nuestra pareja, desde la intimidad hasta la frialdad pasando por el engaño, son el resultado de una selección natural que aún preserva-

mos porque en el pasado llevó a conductas que ayudaron a esparcir los genes.

## LA “RAZÓN CIENTÍFICA” DEL ADULTERIO

Ya que tenemos una “razón científica” para explicar el adulterio y la poligamia. Podemos imaginar diálogos como el siguiente:

—Yo no lo hice, mi vida. Fue una simple predeterminación genética. Fue algo vital. Fue por humanidad. Si no, ¿cómo querías que siguiera la especie?

—Pues ya que estamos en esas, podrás entender que dos de nuestros hijos no son tuyos. Tú bien sabes de la necesidad de una mayor diversidad y riqueza genética. Todo sea por la evolución.

Entre “amigos” se podría decir:

—Mira mano, la verdad es que te la bajé porque estoy mejor dotado que tú. Mis genes serán muy cotizados en el futuro.

De acuerdo con la visión de los psicólogos evolucionistas, compartida por algunos publicistas, el poder es un afrodisíaco: “Las mujeres buscan la protección, recursos y genes de los hombres que tienen éxito”.

Como se ve, Cuco Sánchez tenía razón al cantar: “Te vas a casar, queriéndome a mí. No tuve el dinero pa’ haberte comprado la felicidad”. Aunque usted no lo crea, una de las propuestas para acabar con la poligamia, de acuerdo con Laura Betzig, es la redistribución del ingreso de una manera más equitativa. Se matan así dos pájaros de un tiro: la infidelidad y también la pobreza.

Mientras tanto, los peores temores que podíamos tener reflejados en dichos como: “Organigrama mata carita” pueden ser verdad. Los banqueros con sus Mercedes-Benz pueden causar estragos en los amores románticos. Hay, sin embargo, una vuelta de

t u e r a: la evolución pide alguien que pueda mantener bien a los hijos, pero éstos pueden surgir de otro que, aunque no sea rico, esté mejor dotado genéticamente hablando. Parece ser que la naturaleza también toma esa estrategia evolutiva, la del amante secreto, en esta forma de darwinismo que ya parece telenovela. El resultado de estos conflictos genéticos son los celos (se desconoce su utilidad evolutiva) que, según el psicólogo evolucionista de la Universidad de Michigan, David Buss, se enfocan, por el lado del hombre, en la infidelidad sexual, y por el de la mujer, en la infidelidad emotiva. Buss realizó una investigación en la cual colocó electrodos tanto en hombres como en mujeres y les pidió que pensarán en su pareja en varias situaciones perturbadoras. Cuando los hombres se imaginaron la infidelidad sexual, sus ritmos cardíacos tuvieron saltos de la magnitud inducida por tres tazas de café. Sudaron. Fruncieron el ceño. Cuando imaginaron un apego emocional en ciente entonces se calmaron, aunque no llegaron a su nivel normal. Por su parte, en las mujeres, la situación fue a la inversa: imaginar la infidelidad emocional —amor redirigido, no actividad sexual suplementaria— fue lo que causó la tensión más profunda.

Wright no deja de advertir el peligro de considerar que nuestras reacciones emotivas se deban a impulsos “naturales” que están más allá de nuestro control. Dice que, después de todo, somos animales potencialmente morales, pero que hay que partir de que no somos naturalmente morales.

Creo que es justo ahí donde está la diferencia entre lo que se puede llamar cualitativamente evolutivo y lo que no. No pienso que el machismo ayude mucho a la evolución. Ciertamente trae muchos hijos pero en desamparo y no necesariamente con los “mejores” genes. La estrategia del engaño produce hijos del engaño en todos los terrenos de la vida. U



Montgomery Clift y Elizabeth Taylor en *A place in the sun*, 1951



Montgomery Clift y Elizabeth Taylor en *A place in the sun*, 1951



Montgomery Clift y Elizabeth Taylor en *A place in the sun*, 1951